

poeta que comprueba que «ese cuatro paredes albicantes» es impotente, a pesar de ahorrarle, ante el 3 del devenir: las 4 paredes son la prisión (tesis) el poeta-hombre que lucha es el preso (antítesis) y el «niño de la mano» que lleva cada una de las paredes es la libertad (síntesis), el «terciario brazo / que ha de pupilar, entre mi donde y mi cuando».

—«Hilo retemplado, hilo, hilo binómico / por dónde romperás nudo de guerra». (T. XXIX).

Que lo dual no existe pues más que como momento corredera del proceso triádico, se ve claramente en estos versos: es un hilo binómico que ha de romperse, pues es dinámico, contradictorio, de guerra, hasta culminar-empezar en la tesis-3.

—«Rehusad, y vosotros, a posar las plantas / en la seguridad dupla de la armonía / rehusad la simetría a buen seguro». (T. XXXVI)

El poeta hace un llamado contra lo duplo, la armonía y la simetría. El bien sabe, según queda dicho, que lo duplo es sólo fenómeno transitorio y que la armonía y la simetría son categorías metafísicas, puras abstracciones: la realidad de carne y hueso, la realidad del devenir, no las conoce.

Los últimos versos del poema citado son: «Ceded al nuevo impar / potente de orfandad».

En efecto, para superar la transitividad de lo duplo y la falsa armonía que conlleva, es preciso llegar hasta la resolución del proceso triádico, hasta la síntesis. Sabemos que la antítesis se afirma mediante la negación de la tesis y que la síntesis lo hace mediante la negación de la antítesis. Así, el 3 es el «nuevo impar» que proclama, desde su potente orfandad, su potencialidad, su capacidad de devenir, de finalizar-empezar.

—«Ella, siendo 69, dase contra 70; / luego escala 71, rebota en 72 / Y así se multiplica y espejea impertérrita / en todos los demás piñones». (T. XLVIII)

En este poema el poeta habla de tener 70 soles peruanos, de los cuales toma «la penúltima moneda, la que sue- / na 69 veces púnica». Incluso aquí los números dejan de ser categorías matemáticas y se traducen en sustancialidades dialéctico-poéticas: se parte de la penúltima moneda, la 69 (tesis), que se dará contra la 70 (antítesis) y seguirá resolviéndose en la 71 (síntesis), hasta rebotar en la 72 (tesis). La tríada hegeliana subyace aquí en su totalidad, como en T. XVIII, obrando el portento del devenir: es la esencia verbal interior, es el río de Heráclito.

C. Como sujeto dialéctico revelándose en 0, 1, 2 ó 4

—«La creada voz rebélase y no quiere / ser malla, ni amor / Los novios sean novios en eternidad / Pues no deis 1, que resonará al infinito / Y no deis 0, que callará tanto, / hasta despertar y poner de pie al 1». (T. V)

Percibimos aquí una presunta nostalgia del poeta por lo duplo, por la permanencia de la pareja. Si ésta da 1, serán 3, es decir, habrá cambio, movimiento, progresión dialéctica, «resonando al infinito». Si por el contrario, la pareja da 0, la inmutabilidad terminará proclamando al 1, a la tesis, para que rompa el estanque metafísico. Lo que quiere subrayar el poeta, en último análisis, es que lo duplo y su engendro armónico

no tienen permanencia, están absolutamente tocados de transitividad, de devenir, la pareja es un «nudo de guerra».

—«En esta noche pluviosa, / ya lejos de ambos dos, salto de pronto... / Son dos puertas abriéndose cerrándose, / dos puertas que al viento van y vienen / sombra a sombra». (T. XV)

El 2-puerta se abre y se cierra, va y viene al viento, es decir, vive, se gasta, deviene en culmen, en 3-sombra, que a su vez es un fin (síntesis) que comienza (tesis), (V. T. V).

El último verso «sombra a sombra» nos recuerda al último verso del poema «Me estoy riendo»: «de la muerte hacia la muerte». Ahora, recordando, es fácil asociar: hay «treses barbados de barba inmemorial» y «las distancias se anuncian de tres en tres».

—«Destílase este 2 en una sola tanda, / y entrambos los apuramos». (T. XVII)

Pues, como queda dicho, lo duplo no existe más que como momento corredera, lo 2 está tocado de lo 3, de transitividad.

—«Al ras de batiente nata blindada / de piedra ideal / Pues apenas acerco el 1 al 1 para no caer». (T. XX)

Si acercamos el 1 al 1 tendremos la pareja y ésta, como mera transitoriedad, nos permitirá apenas «no caer». Lo duplo sostiene pero en sí no deviene. Para dinamizarse, la pareja tiene que dar 1, «que resonará al infinito», es decir, que le conducirá a un final que comienza.

—«Y si así diéramos las narices / en el absurdo, / nos cubriremos con el oro de no tener nada, / y empollaremos el ala aún no nacida / de la noche, hermana / de esta huérfana del día, / que a fuerza de ser una ya no es ala». (T. XLV)

La riqueza, el oro, de no ser siempre 1, de no ser siempre 2, de no ser siempre 3, es el cambio, el contradictorio devenir. Por eso en todo proceso, que «se anuncia de tres en tres», lo 1 está brindado a lo 2 y éste a lo 3: un ala «a fuerza de ser una ya no es ala», pasa a ser otra-cosa-2, y ésta correrá la misma suerte hasta ser otra-cosa-3: final que comienza.

VI

Para su comprensión y captación globales, lo que acabamos de exponer, con la inevitable morosidad de las citas corroborativas, puede sintetizarse como sigue:

Vallejo concibió el neologismo *Trilce*, no como el resultado de un «relámpago de inspiración», sino como el producto coherente, intuitivamente dado, de toda la práctica de gestación y plasmación de este libro particular que envuelve una concepción de mundo y de vida en la cual la esencia medular, la determinación genérica, viene dada por la contradicción y el cambio dialécticos, que, a todo lo largo y lo profundo de los procesos objetivos y subjetivos, se expresan en la tríada hegeliana de la tesis, la antítesis y la síntesis.

En la poesía vallejana, particularmente en *Trilce*, el 3 es despojado de su categoría matemática, numérica, para erigirse en portador unívoco del devenir dialéctico, en la expresión real, contradictoria, dialéctica en suma, de la tríada. Coherentemente, este 3 «barbado de barba inmemorial» es el origen raigal, formal y acepcional, de *Trilce*,

y, en la dinámica de esta poesía triádica, va y viene desde la latencia más profunda y la sutil insinuación, hasta la inequívoca evidencia del sujeto expreso.

En tanto que el cambio y la contradicción dialécticos esencializan esta poesía, la tristeza, la dulzura, la muerte, lo escatológico, el egoísmo, la alienación..., son momentos relativos del hombre, fenómenos transitorios, accidentes que arman su vida, pero que, aunque nodales por momentos, no pueden constituir nunca su determinación genérica: son apenas cristalizaciones temporales de la esencia.

Lo genérico en el hombre vallejiiano, ¡en el hombre!, es pues la permanencia absoluta del devenir, la posibilidad de ser siempre otra cosa que nos continúa y profundiza, la posibilidad de reducirse y asimilarse las antinomias que a su vez han de generar otras, resonando al infinito, mientras pasan los fenómenos transitorios en que esta esencialidad se corporiza.

El hombre específico, el determinado y concreto Pedro Rojas, puede ser (es) en su vida personal triste, dulce, optimista, soñador, alegre... mortal o triste y dulce y optimista y soñador y alegre... y mortal, pero el Pedro Rojas genérico, el que está hermanado y confundido en la corriente de la especie con los otros hombres que le anteceden y suceden; el Pedro Rojas que «después de muerto, / se levantó, besó su catafalco ensangrentado, / lloró por España / y volvió a escribir con el dedo en el aire: / “¡Viban los compañeros! Pedro Rojas”»; ese cuyo cadáver «estaba lleno de mundo», ése, es siempre, invariablemente, un nombre: *El hombre Trilce*.

Dasso Saldívar